

LA CRÍTICA DE MADRID HA DICHO:

EL MUNDO, DOMINGO 22 DE JUNIO DE 2008

CULTURA

TEATRO / 'La importancia de llamarse Ernesto'

Brillante superficialidad

'La importancia de llamarse Ernesto'

Autor: Oscar Wilde./ Versión: Daniel Pérez y Eduardo Galán./ Intérpretes: Yolanda Ulloa, Rebeca Valls, Patxi Freytez, Carmen Morales, Fran Nortés./ Dirección: Gabriel Olivares./ Escenografía: Alfonso Postigo./ Escenario: Teatro Maravillas.
Calificación: ★★★

JAVIER VILLÁN

MADRID.- No sé qué pudiera pensar Oscar Wilde de esta adaptación de su obra más representativa y representada: *La importancia de llamarse Ernesto*. En esta versión modernizante hay un campo de golf, un considerable estilización del texto y un dinamismo ágil y saltarín que conecta enseguida con el espectador. Se mantiene cierto espíritu crítico respecto a una sociedad intolerante, extensible más allá de la época victoriana que maltrató a Oscar Wilde por homosexual e irreverente.

Todo eso queda muy sutilmente, pero queda. Y lo hace en un tono farsesco a veces y de alta comedia otras; comedia de ricos y alta burguesía, toda de apariencias. No se comprende muy bien por qué en este ritmo raudo y juguetón el director congela a veces la acción: foto fija con los intérpretes parados en un momento de su discursar.

En estas circunstancias sobresale una lady Bracknell excepcional (Yo-

landa Ulloa) con aires autoritarios de gran dama y reacciones imprevistas de verdulera. Los demás también están muy bien, a tono con el espíritu jocoso: Patxi Freytez, Fran Nortés, Carmen Morales -Gwendolen enamorada dulce- y sobre todo Rebeca Valls, que se integra con radicalidad en el ritmo de disparate.

Hay que volver a Lady Bracknell-Yolanda Ulloa, híbrido de dama aristocrática y fenicia administradora de dotes. En la memoria erótica española había hasta ahora unos iconos muy concretos: el semidesnudo de María José Goyanes en *Equus*, el desnudo de Victoria Vera en *Por qué corres Ulises*, que se convirtió en el estandarte de una apertura auroral; *Rosalía Dans* en *La señorita de Tacna*, de Vargas Llosa, una auténtica fiesta para los ojos. Lo que fue ya desmadre y subversión total fue Marisol, en cueros vivos, en la portada de *Interviú*: un himno de la rebelión definitiva, la evidencia de que algo, mucho, estaba cambiando. A partir de ahora, sin simbolismos políticos, un nuevo gesto se ha incorporado al calendario de la seducción: el cruce de piernas de Yolanda Ulloa, al mejor estilo de Sharon Stone. Y no contenta con eso, mientras ajusta cuentas, se coloca entre los muslos, espléndidos posavasos, el vaso de ginebra. Descacharrante Lady Bracknell.

CRÍTICA

«La importancia de llamarse Ernesto»

Autor: Oscar Wilde. Adaptación: Daniel Pérez y Eduardo Galán. Dirección: Gabriel Olivares. Escenografía: Anna Tusell. Vestuario: Vicente Soler. Iluminación: Alfonso Postigo. Intérpretes: Yolanda Ulloa, Patxi Freytez, Carmen Morales, Rebeca Valls y Fran Nortés. Lugar: Teatro Maravillas. Madrid

La verdad de las mentiras

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

Mientras asistía a los ensayos de «La importancia de llamarse Ernesto», Oscar Wilde vivía las turbulencias del proceso en el que el marqués de Queensberry, padre de su adorado Bosie (lord Alfred Douglas), probó que eran ciertas las acusaciones de sodomía que había vertido sobre el escritor, quien, a su vez, lo había demandado por difamación. Estrenada el 14 de febrero de 1895, la comedia —cuyo título, como se sabe, alberga un divertido juego de palabras entre el nombre de Ernest y earnest (formal, serio) que se pierde inevitablemente en la traducción— se convirtió en uno de sus mayores éxitos y en el máximo exponente de su sabiduría teatral: un elegante artefacto cuajado de ironía e ingenio, muy hábilmente construido, y recorrido por sutiles cargas de crítica a la hipocresía como hábito social y a la frivolidad de la clase aristocrática. Un estamento al que pertenecía quien, poco más de tres meses después, lograba que Wilde, incómodo para la sociedad victoriana, fuera condenado a dos años de trabajos forzados que aniquilarían al brillante autor aunque tendrían como amargos frutos sus estremece-
dores «De profundis» y «Balada de la cárcel de Reading».

A punto de aparecer una edi-

ción del teatro completo de Wilde a cargo de Mauro Armiño, que sin duda servirá para despejar algunos vicios e inercias de traducciones pretéritas, conviene subrayar que la adaptación de Daniel Pérez y Eduardo Galán es fundamentalmente eficaz desde el punto de vista escénico: el público ríe a mandíbula batiente con las peripecias de los personajes y la forma en que Wilde enreda la madeja de la trama y luego enlaza sus hilos de tal forma que las mentiras inventadas por los protagonistas para llevar una doble vida sin arriesgar sus respetables fachadas se conviertan en verdades.

Farsa disparatada

Eficaz es un término que podría asimismo aplicarse al trabajo de dirección de Gabriel Olivares, que plantea el montaje en clave de farsa disparatada. En esa onda, los actores se ajustan a los estereotipos aristocráticos y logran momentos de gran comicidad. Yolanda Ulloa es una apropiada lady Backnell, impertinente, con salvoconduto de impunidad y metljona; Carmen Morales da una nueva prueba de la variedad de sus registros como la enamorada Gwendolen, Rebeca Valls encarna a una desca-charrante Cecilia al borde del paroxismo gestual, y Patxi Freytez y Fran Nortés, hacen lo propio con los dos galanes, gallardos y calaveras, unos perfectos caballeros. El público de la función de entre semana a la que asistió este crítico se divirtió de lo lindo y, concluida la representación, reclamó con sus aplausos la salida de los actores en varias ocasiones.

OTRAS CRÍTICAS Y RESEÑAS:

NOTICIAS TEATRALES

¿Sigue estando de moda llamarse Ernesto? (Sofía Basalo)

Sigue siendo importante llamarse "Earnest : Serio". Éste es pues el juego de palabras que de una forma aguda e inteligente introduce el gran autor inglés en el mismo título y que con la traducción al castellano hemos perdido.

Llamarse Ernesto, conlleva, pues, ser un hombre aburrido, serio, formal y predecible... inmejorable tarjeta de presentación para según qué círculos y estamentos sociales... inmejorable entonces... y ciertamente recomendable ahora. Las obras de Oscar Wilde se caracterizan por la genialidad de sus diálogos, repletos de una brillante ironía... tanto que su sentido e intención permanecen en el tiempo, más allá de una localización que pueda convertirlos en algo pretérito; con lo que si nos proponemos actualizar, modernizar, trasladar la acción hacia otro lugar y otra época deberemos tener cuidado.

Patxi Freytez y Fran Nortes necesitan llamarse "Ernesto" para conquistar a dos mujeres. Necesitan disfrazarse en una sociedad que se rige, que continúa rigiéndose por la apariencia, por la superficialidad y por los prejuicios... una sociedad en la que en muchas situaciones el amor nos llega enfundado en intereses económicos, vestido de conveniencia y famélico de sinceridad...

Gabriel Olivares ha dirigido esta nueva revisión del clásico inglés. Una revisión actualizada con gracia y acierto, aunque en algún momento la libertad tomada nos parece demasiada.

Los diálogos siguen siendo chispeantes. Llegan hasta el espectador salpicados, muy bien salpicados, de aforismos que ponen en suspenso la acción; esta nota en lugar de "romperla" la acentúa, le da fuerza y estéticamente resulta atinadísimo. Las situaciones así como los personajes han sido reducidos al mínimo sin que ello disminuya la calidad del texto. El campo original concebido por Wilde se ha convertido en un campo de golf. Los personajes femeninos cobran auténtico protagonismo, iniciativa y fuerza... a veces demasiada fuerza; éste es el caso de "Cecilia" (Rebeca Valls).

Yolanda Ulloa recrea con total autoridad a una aristócrata hipócrita y casi déspota. Diana Lázaro es "Gwendolen" la otra joven casadera, convertida en una "niña pija" con cierto toque feminista, sobre todo al final de la obra... Instante en el que los dos caballeros quedan sometidos a un "poder matriarcal" que sólo es tal en la ficción. Los cinco intérpretes entran en el juego teatral con soltura y buen hacer. La puesta en escena está bien conducida, en general... aunque no estaría de más emplear la contención en alguna que otra escena.

ABC (Castilla y León)

¿Está de moda llamarse Ernesto? (Julia Amezúa)

Las obras de Oscar Wilde (1856-1900) son espejo de la genialidad del autor; sus comedias no se caracterizan por tener mucha acción, ni tensión dramática, pero sus diálogos son brillantes ejercicios de ingenio, agudeza e ironía. Wilde, que era un especialista en estudios de la alta sociedad puritana londinense, obtuvo con esta obra, estrenada el día de San Valentín de 1895 en Londres, un éxito rotundo. La noche del estreno, al decir de los críticos de la época, se produjeron «olas y olas de carcajadas».

Lo cierto es que la comicidad del título de la obra se pierde con el tiempo y con la traducción al español, ya que en inglés «earnest» significa «serio». Llevar, pues, el nombre de Ernesto, era garantía de ser hombre serio y aburrido, inmejorable tarjeta de presentación para entrar en determinados círculos sociales. Así, se ve en la comedia, los dos protagonistas utilizan este nombre para conquistar a las dos mujeres, entregadas a la sonoridad del antropónimo. Hoy no está de moda llamarse Ernesto, pero sí está instalada en la sociedad la necesidad de aparentar, aunque ésta conlleve enredos de los que no sea tan fácil salir como en la comedia de Wilde. Y no digamos nada de la proliferación de relaciones basadas en el interés económico. Con tino, los adaptadores del texto mantienen los diálogos chispeantes, salpicados de aforismos que detienen la acción, pero reducen escenas, recortan personajes, modernizan el vocabulario, lo que contribuye a aligerar esta comedia de lo que no sea enredo.

El montaje descansa en una escenografía sencilla, con un diván y un bar en el primer acto, en la casa de Algernon y escasos objetos de utilería para ambientar el campo de golf, del segundo y tercer acto. Resulta correcta la interpretación del conjunto de actores; Patxi Freytez y Fran Nortes encarnan con contención a los frívolos conquistadores; Yolanda Ulloa recrea con fuerza una altanera e hipócrita aristócrata; Diana Lázaro, una enamoradiza Gwendolen, y Rebeca Valls, muy arrolladora, como Cecilia. Todo, en menos de hora y media. Lleno y aplausos.

LA TRIBUNA DE ALBACETE

En nombre del compromiso (Virgilio Liante)

El Teatro Auditorio de Chinchilla acogió el estreno de una moderna adaptación de La importancia de llamarse Ernesto, dirigida por el albaceteño Gabriel Olivares, donde todos los personajes bailan al son de Lady Bracknell, un papel interpretado por una inconmensurable Yolanda Ulloa, que le imprime sinceridad a la obra, y también le da un puntazo de maldad. No la quieres oír decir nada porque te gustaría que se mordiera la lengua, pero lo suelta todo por esa lengua viperina. Las razones son básicas: todas las mujeres desean tener el beneplácito de una madre cuando se van a casar, aunque esta sea un ogro a la que le importa mucho más el dinero, las acciones y los fondos de inversión del prometido de su hija Gwendolen (Diana Lázaro), que es Jack (Patxi Freytez), que los mismos sentimientos.

Lady Bracknell es un personaje con más aristas de las que parece tener sobre el escenario, y sobre la que se podría escribir una tesis porque crece conforme avanza la historia, ensancha y revienta hasta emborrachar. Normal que digan que todas las actrices se pegan por interpretarla, porque dice verdades como templos y es un personaje que parece una noria con cuatro brazos sobre los que se agarra el resto de este excepcional reparto.

Está basado en un texto de hierro de Oscar Wilde, uno de los escritores que puso el dedo en la llaga y el dardo en la palabra y que supo criticar, hasta la yugular, la imbecilidad de algunos especímenes de las clases altas de una forma muy elegante. Ahí está su grandísimo don.

Todo en esta obra está empastado, aunque apenas se haya representado cuatro veces, y es un gran acierto sacar a los personajes de una campiña inglesa del siglo XIX para meterlos en un campo de golf de nuestros días, porque mientras juegan la típica partida de domingo ocurren todos los enredos posibles. Empezando por los nombres y el árbol genealógico de cada uno, que si primos, sobrinos y hermanos y yo que sé porque perdí la cuenta; además, las mujeres se enamoran de ese nombre, Ernesto, que parece tener un magnetismo especial y no necesitan profundizar en nada más.

Después, las chicas descubrirán que les están engañando los amigos Jack, un multimillonario al que se habían encontrado recién nacido en una bolsa de viaje, y Algernon (Fran Nortes), un mujeriego obsesionado con el bumburismo, que es algo así como encontrarle el punto divertido a todo. Ambos se hacen llamar Ernesto para conquistar a Gwendolen y Cecilia, pero al final a los mentirosos se les descubre, y de una forma sosegada se llega al climax de esta comedia. Ése es el momento en que Gwendolen y Cecilia hacen de niñas pijas y monas, y se dedican a gastar bromas con las pastitas y el típico té inglés. Ese instante es genial porque supo enganchar al respetable de la solapa y no soltarle hasta acabar la función.

Es una comedia jugosa, ágil y directa, donde el enredo está servido y la crítica social llega como un vendaval, porque hay gente a la que parece que no le molesta otra cosa que darle golpes a la bola con el driver, el putt o el hierro número 7, mientras ocurren otras cosas más importantes. Al final una medalla con las iniciales M.E., con un dibujo de San Jorge matando al dragón, dará un giro a esta comedia. Ernesto es el nombre del compromiso y Lady Bracknell, la mujer que impone las normas en su casa, y la que suelta frases tan categóricas como «El dinero es como el estiércol, cuando se acumula apesta» o aquella fenomenal: «La tierra es un teatro, pero tiene un reparto deplorable».